

# Los lugares intelectuales en la Segunda República

JOSÉ ANTONIO FORTES  
Universidad de Granada

La proclamación de la República provoca anhelos, sentimientos, esperanzas. Nuestra conciencia, nuestro consciente e inconsciente colectivo, se abre con fuerza a múltiples y encontradas palabras, para expresar igual alegría que el temor que nos causa las cosas desconocidas, igual un pensamiento radical y rebelde que el silencio, incluso los nervios sueltos que lo mismo atezados, lo mismo el atrevimiento, la osadía, la libertad sin límites, que su negación. Y en cuanto la memoria, nuestra memoria histórica se nos une, entonces las cuestiones pierden abstracción y adquieren concreción, materialización, una suerte de presencia viva y válida, práctica, útil y necesaria para encontrarnos a nosotros mismos en nuestro presente histórico, ahora, para reconocernos y saber qué hacemos, qué hacer.

Sí. Qué hacer con nuestra forma de gobierno, o con nuestra vida cotidiana, con nuestra organización de relaciones sociales e incluso con nuestro sistema de producción económica; hasta alcanzamos a conocer en su exacto lugar localizados los comportamientos y las proclamas de nuestros escritores e intelectuales de hoy, poetas y novelistas, filósofos y pensadores al por mayor. Algo así como si la magia de la República valiera para hacer desaparecer ambigüedades, camuflajes, afirmaciones a medias, o escondites y disfraces que se ofrecen eternos y universales para la literatura. Fuera máscaras, parece que decimos cuando pronunciamos la gran palabra, la mágica invocación republicana. Fuera trampas, falacias y falsedades, que desnudamente se nos presente delante el sentido de todo cuanto escriben, las razones a que se acogen y defienden, las finalidades que buscan y en que se fundamentan, las funciones que cumplen, los poderes a los que sirven. Para qué y por qué la literatura, los intelectuales, hoy, aquí y ahora, en el siglo XXI, cuando las respuestas están ya dadas, pero no cerradas, sino abiertas y vivas (ya digo) con la experiencia intensamente hecha en la Segunda República.

Con la proclamación de la Segunda República, quedan al descubierto los diversos y enfrentados lugares que se habían ocupado hasta entonces por todo el intelectualismo orgánico burgués en bloque, a la vez que aceleran su funcionamiento conjunto y extreman con fuerza su función ideológico-social de clase. En la Dictadura del general Primo de Rivera, aunque en el Estado no se alcance la unidad política de objetivos históricos e intereses, las luchas internas de las fracciones burguesas y sus representantes intelectuales por la hegemonía están en proceso de

resolverse con la victoria liberal republicana. En efecto. No hay más fuerzas ideológicas, al igual que no hay más aparatos que aquellos sufragados y mantenidos por la burguesía, puestos a producir, a extraer, seleccionar, formar y organizar funcionarios ideológicos de clase; lo mismo que no hay quien atienda al frente externo de la lucha de clases, algo así como si no hubiera necesidad de acudir ideológicamente, con el arma de la ideología, a resolver «la cuestión social», a proponer soluciones y salidas bajo el orden y el control de los poderes establecidos sobre los problemas y los conflictos provocados por el movimiento obrero, por el proletariado y el campesinado revolucionario. Sin duda, esto ocurre así gracias al pacto y al consentimiento que los dirigentes sindicales y políticos socialistas firman, implícita y explícitamente, con la Dictadura. Sin esta histórica traición, una vez más, sin este entreguismo y encuadramiento y esta disciplina impuesta a las bases militantes del socialismo, y por el momento coyuntural, resuelta «la cuestión» en términos de política de Estado, sin duda que otra historia habría sido escrita; porque sólo al final de la legislatura dictatorial, cuando los pactos ya están más que rotos y rotas la disciplina y el encuadramiento obreristas, sólo en esa coyuntura final, aparece la necesidad de poner al día y de atender con «nuevas» armas a las exigencias subversivas y revolucionarias proletarias y campesinas. De una parte, estas «nuevas» armas se organizan y se aplican en una acción bifurcada desde los poderes políticos; de otra parte, sin embargo, en una unidad de acción desde los poderes ideológicos burgueses en bloque.

Y entiéndase. A las presiones del movimiento obrero, la bifurcación fracciona hasta romper el poder material del Gobierno monárquico-dictatorial y del resto de fuerzas políticas burguesas; las candidaturas republicanas y su «comité revolucionario» (aunque encarcelado) toman el relevo, al pasar a la dirección del Estado con la victoria en las elecciones municipales, y ponerse en marcha esta «nueva» forma legal de dominio burgués, en una conjunción republicano-socialista con vigencia legislativa, pero no ejecutiva, que dispara de inmediato la organización de la otra y bifurcada «nueva» forma (también legal) de dominación, el fascismo. Doble acción política de clase, que no ha de tener su correlato mecánico en la producción de ideología intelectualista, culturalista o literaria, porque una vez ganada la hegemonía intelectual por la fracción liberal republicana, si ésta atiende al frente externo de la lucha de clases, solamente lo hace mediante discursos populistas, aunque debidamente pasados por el «nuevo» intelectualismo hegemónico (dejándose por obsoleto el «viejo» populismo de finales del XIX a comienzos del XX y cuyos restos predominan, sin embargo, todavía de la mano de sus representante los alias hermanos Quintero, «género chico», género «verbenero / zarzuelesco», novela y poesía regionalistas, y por antonomasia andalucistas, etc.), produciéndose en el cruce el «neopopulismo», cuyo emblemático representante responde al nombre de alias Federico García Lorca.

Hasta aquí, el bloque formado en la acción y la práctica intelectual y literaria, por los representantes burgueses del intelectualismo y la literatura. Se trata del bloque burgués, de escritores e intelectuales orgánicos, situados dentro de los límites del dominio de clase, y cuyos lugares estratégicos para el ejercicio de sus funciones y encomiendas les lleva a colocarse en diversas tareas, coherentes y cohesionadas entre sí por una red de relaciones, órdenes y aparatos, consignas y amistades. Esos lugares les definen e incluso les dan el nombre y el prestigio, la fama y nombradía por los que pasan al Parnaso y al eternismo. Pero no importa cómo se llamen, excepto para las hagiografías y mitomanías. Importan las funciones que cumplen y el lugar que ocupan en la jerarquía del intelectualismo. Así los hay ideólogos, como alias don José Ortega y Gasset, ideólogo en jefe, director de aparatos, cuya doctrina y lugar de clave de bóveda hace que su nombre denomine a todo el dominio del que se erige en hegemónico, el orteguismo. Y los

hay en lugares centrales, como aquellos alias que, en la culminación y fase superior de la dominancia de clase tras la derrota de la vía republicana y la victoria fascista, se presentan a sí mismos como la Generación del 27, quedando excluidos del montaje los propios compañeros que, sin embargo, siguieron en sus puestos de trabajo, en cumplimiento fiel de sus responsabilidades al «servicio de la República», y así hasta el final de la propia vida, como por ejemplo don Antonio Machado, o aun después de la derrota, como don Francisco Ayala, todavía vivo.

Pero también los hay en lugares periféricos del dominio (orteguiano, por decirlo con el nombre de la fracción que lo hegemoniza). Unos lugares, en la periferia de clase, que están ocupados por una gran variedad de sujetos en una misma situación intelectual. Sin entrar tampoco aquí en clasificatoria ninguna, se trata ahora de personas de procedencia burguesa, pero de capital medio, o que arrastran una inmediata ruina económica familiar, del negocio familiar, o que vienen al centralismo de Madrid desde la periferia geográfica (de las provincias del sur, de Andalucía, como región que más aporta), etc. Que a su vez están junto a sujetos de procedencia pequeño burguesa; y esto, entiéndase; hablo de la pequeño burguesía nueva, la que produce el «nuevo» y «moderno» capitalismo de monopolios, y para nada hablo de una perdida e inexistente ya pequeño burguesía histórica, pero de hecho burguesía a todos los efectos. Hablo, en el primer grupo, de los alias Luis Cernuda o Rafael Alberti, pongo por ejemplo; y en el segundo, del «caso» colectivo de los alias José Díaz Fernández, César Muñoz Arconada, Max Aub, María Zambrano, etcétera.

Pues bien. Esta situación se complica, se dispara, se descontrola. En cuanto la proclamación de la República acontece, la correlación de fuerzas y su intervención en la lucha de clases exigen un cambio progresivo y drástico en el reparto de papeles, en la funcionalidad de los lugares que se ocupaban para un trabajo ideológico e intelectual que ha de variar, aunque no tanto, en sus objetivos, sino en las tácticas y caminos, a veces bifurcándose de continuo en la estrategia de clase a la que sirven. A veces, la bifurcación producida viene a resultar incluso tan brusca y tan fuerte que acarrea una esquizofrenia, tanta y tan aguda que deriva en patología, una colectiva esquizofrenia patológica, de la que en mi opinión nadie sale, nadie termina de salir, aunque algún que otro «caso» haya para demostrar los lugares de salida y aun los lugares de llegada, esto es, los lugares del salto, los lugares para saltar históricamente desde el dominio y militancia en el intelectualismo orgánico de la burguesía al dominio y la militancia en el intelectualismo orgánico del proletariado. Por supuesto, «las cosas» tienen su «nombre exacto» (por decirlo como el manifiesto de 1917 escrito por alias Juan Ramón Jiménez). Hay quienes se mantienen en sus puestos, como antes dije, y ello no puede confundirse; pero la quiebra interna, inmediatamente previa al derrumbe, empieza por los lugares centrales del dominio orteguiano, allí donde estaban centralizados el mando y las órdenes, la doctrina y las consignas, y en «casi el núcleo central de una generación» (por decirlo con el alias de su autor, Dámaso Alonso); allí donde precisamente se produce el mayor endurecimiento de posiciones y se inicia el proceso que lleva directamente al fascismo; téngase, para esto, el recorrido intenso propuesto y cumplido por el ideólogo en jefe, cuando va del primaveral «¡saludo a la sencillez de la República española!», salutación de 23 de abril de 1931, a su invernal y extraparlamentario «llamamiento» a «la recificación de la República», para «organizar la alegría de la República», el 6 de diciembre de 1931 en el Cinema de la Ópera de Madrid.

Un endurecimiento de posiciones centrales, que contrasta con la otra acción en la periferia del dominio, donde se decide el derrumbe por derribo, por acoso y abandono, sin más plazos ni avisos. Y aquí también los «casos», sin duda, resultan colectivos, porque nunca un individuo solo puede abrir la brecha enorme que destruye el hegemonismo orteguiano; antes al contrario,

en nuestra historia contemporánea sólo este proceso colectivo ha conseguido escribir el más preciso y apasionante plan de ataque y destrucción de aquel estado de «cosas» que vengo llamando orteguianas y del dominio burgués en bloque al que éstas sirven; por ellos, precisamente, conocemos las trampas y máscaras que se utilizaban en los bailes y ceremonias político-culturales, los disfraces y señales con que se reconocían sus partidarios iniciados y neófitos en el «arte artístico» del proselitismo y la propaganda ideológica de clase, en literatura por antonomasia, pero igual en cualquier otra práctica orgánica del intelectualismo, en política, en el pensamiento «en la alta manera» o igual en «la manera» social divulgativa, y aún más todavía en el publicismo en todas sus varias «maneras» de ideologización, control y sometimiento de las clases subalternas. Por ellos, los «casos» colectivos de los que hablo, y que acosan, abandonan, derrumban y derriban el dominio ideológico burgués capitalista, sabemos incluso los materiales más complejos y al detalle con que hicieron y organizaron los funcionarios del orteguismo la más peligrosa y más eficaz función ideológico-social de clase para el intelectualismo y la literatura, tal como nunca hasta esta coyuntura 1931-1936 habían necesitado instrumentalizar en defensa de la dominancia histórico de la burguesía, puesta ahora al brete precisamente en su fase «superior» de monopolios por los peligrosos ataques del movimiento obrero organizado, el proletariado y el campesinado. En fin; por ellos, y porque ellos nos enseñaron estos «casos» colectivos que señalo, aprendimos a quitar máscaras; fuera máscaras, puestas descarnadamente al desnudo, al descubierto los fantasmas de clase que éstas ocultaban, cuando ellos habían caído doblemente derrotados y muertos, primero asesinados por el fantasma «superior» de la dictadura capitalista, el fascismo, y luego tras la victoria de 1939, definitivamente asesinados por el intelectualismo orgánico más servil, cuando éste dispuso entonces y hasta hoy borrarlos de la historia.

Pero todos ellos, los «casos» de los que hablo, existieron, escribieron y materializaron un activismo ideológico de zapa, como un viejo topo cuyas galerías habitadas minan la base misma del sistema capitalista para la compra y venta de la fuerza de trabajo intelectual. En un proceso histórico, ya digo, y colectivo, que comienza multiplicando disfunciones, distorsiones, chirridos dentro del mismo instrumentalismo orteguiano, desde donde se abren en una triple acción. Primera, haciendo estallar desde dentro «el álgebra superior de las metáforas», por acumulación, por concentración y reconcentración, hasta volverlas obsoletas, tal como las leemos en la escritura de alias Max Aub, con *Geografía y Fábula verde*. Segunda, por la denuncia directa, porque (proclama alias José Díaz Fernández, en *La Libertad*, 6 de junio de 1931)

la literatura de vanguardia, el culto de la forma, la deshumanización del arte, ha sido cultivada aquí por el señoritismo más infecundo. Contra esos escritores está la generación de 1930, partidaria de una literatura combativa, de acento social [...] la nueva generación revolucionaria de España.

Será inútil, sin embargo, que quieran acogerse a las banderas revolucionarias los señoritos de la literatura. Estamos hartos de estafas y con el ánimo bien dispuesto para ejecutar al fascismo literario que dedica a Góngora el homenaje de una misa.

Y tercera, por un paso más en la disidencia, por la traición consumada, que va más allá de radicalizar la crítica (pues, alias Díaz Fernández militaba en izquierda republicana) y salta a la militancia en el proletariado, como su intelectual orgánico, tal como la materializa alias César Muñoz Arconada.

Y se trataría, en la triple acción recién enunciada, de «casos» puestos en práctica desde posiciones periféricas, por sujetos de clase de procedencia pequeño burguesa. Desde la pequeña

burguesía, así pues. E igual hay «casos» periféricos de procedencia de clase burguesa, aunque de familia arruinada, como alias Rafael Alberti, o de familia empobrecida, como alias Luis Cernuda, que constituyen un salto más brusco, más repentino, más desigual, «los que se incorporan» a una militancia en el proletariado donde se les echa en falta no sólo intensidad en el trabajo, sino convicción en las ideas, ya que incluso arrastran prácticas y hábitos estrictamente burgueses, e incurrir por ello en confusiones de responsabilidades históricas, aunque en estricto habría que decir «irresponsabilidades históricas». Porque, téngase, en este sentido, la terrible ignorancia que maneja alias Rafael Alberti, cuando, en su rápido aprendizaje del marxismo, del comunismo y sus consignas, acaba traduciendo mecánicamente el populismo y neopopulismo burgués, primero, a «poesía popular», y de ahí, en segundo lugar, nada más y nada menos que a «poesía proletaria», a «literatura proletaria»; en un craso error, con graves y mantenidas implicaciones, pues no sólo queda asumido perfectamente por la historiografía al uso (esto es, el intelectualismo literario socialidealista), sino que así, de la mano del socialidealismo, queda impuesta la mediocridad intelectual de un alias Federico García Lorca, tal como si se tratara de «la poesía popular», la poesía del pueblo español y además en armas, la «poesía del pueblo en armas», en defensa de las libertades y de la República, y aún más todavía si cabe, en la fase «superior» de una correa de transmisión nada inocente ni gratuita, aparece nada más y nada menos que como la poesía del pueblo con conciencia de clase.

En fin. Pese a errores como éstos, tan definitivos y beneficiosos para los intereses de la burguesía en bloque, sin embargo, a todos ellos se les va a considerar traidores de clase, mezclándose su procedencia, y aunque apenas si resuelvan la esquizofrenia producida entre su origen y su «incorporación»; por supuesto, históricamente no hubo tiempo de concretar su desclasamiento (hacia abajo), de radicalizarlo necesariamente, y mucho menos lo hubo para materializar una ideología y una literatura «proletarias». Y, sin embargo, esto no quita, antes al contrario, confirma los lugares de intervención y de acción intelectuales para cercar el dominio ideológico de la modernidad capitalista.

En apoyo de esta última tesis, téngase también el «caso» colectivo de alias Miguel Hernández. Desde su procedencia de clase campesina (pero, no jornalera, sino propietaria media), a través de la carrera de las letras, del «prestigio» con que los poderes de clase invisten la eficiencia y eficacia de sus funcionarios ideológicos, alias Miguel Hernández pretende subir en la escala jerárquico-social, esto es, *inicia un desclasamiento hacia arriba, nunca concluido y en todo caso rechazado, ridiculizado y utilizado*; un ansia inicial de ascensión social, que termina negándose a sí misma, reconvirtiéndose en una escritura que, como ninguna otra, arraiga en las condiciones de vida y en la concepción del mundo de su propia clase de origen, deja obsoletas las críticas «antiburguesas» y, al fin, materializa una literatura proletaria.

Rabia que todos estos espléndidos lugares intelectuales se perdieran, asesinados por las hordas fascistas victoriosas en 1939. Qué rabia. Aunque, lo sabemos: ni el fascismo ni todo el intelectualismo orgánico de sus cómplices y secuaces conseguirán nunca destruirlos, ni borrar su memoria. Su trabajo colectivo, sus propuestas, cada día están aún más vivas. Hoy, aquí, nosotros levantamos constancia de ello.